mente, no cupo en sí de alegría. Ya no pensó en retardar un momento la felicidad de Pekuah ó la suya propia, sino que suplicó á su hermano que enviase al mensajero con la suma exigida. Imlac fué consultado, y no fió mucho en la veracidad del narrador, dudando aun mas de la fé del árabe, el cual podia, si se confiaba demasiado en él, retener á la vez el dinero y las cautivas.

Creia peligroso ponerse ellos mismos en manos del beduino yendo á su distrito, y desconfiaba de que el ladron quisiera exponerse hasta el punto de entrar en un país donde tal vez le prenderian las fuerzas del Bajá.

Cuando no hay confianza, son difíciles las negociaciones; empero, despues de alguna deliberacion, envió Imlac al mensajero para proponer que Pekuah fuese conducida por diez jinetes al monasterio de San Antonio, situado en los desiertos del Egipto Superior, donde seria recibida por otros tantos, y se pagaria su rescate.

A fin de no perder tiempo, pues esperaban que la proposicion seria aceptada, pusiéronse inmediatamente en camino para el monasterio, y llegados, Imlac pasó adelante con el mensajero hácia la fortaleza del árabe. Raselas deseaba ir con ellos; pero ni su hermana ni Imlac lo consintieron. Insiguiendo la costumbre de su nacion, el árabe observaba las leyes de la hospitalidad muy escrupulosamente para con los que iban á visitarle, y á los pocos dias acompañó á Pekuah y sus dos doncellas al punto señalado, donde recibió la suma

estipulada, y púsolas en libertad con el mayor respeto, encargándose de escoltarles á todos hácia el Cairo, hasta ponerles fuera de todo peligro de robo ú otra violencia.

La princesa y su favorita se abrazaron con trasportes de un júbilo muy vivo para poder expresarse, y se apartaron para derramar lágrimas de ternura y exhalarse en protestas de cariño y gratitud. Dentro de pocas horas volvieron al refectorio del convento, donde, en presencia del prior y la comunidad, el príncipe rogó á Pekuah que narrase la historia de sus aventuras.

CAPÍTULO XXXVIII.

Aventuras de Pekuah.

—«Cuándo y cómo fuí robada, dijo Pekuah, ya os lo han contado vuestros criados. Lo repentino del suceso me sorprendió, y quedé mas asombrada que agitada de temor ó de pena. Mi confusion tomaba creces por la celeridad y tumulto de nuestra fuga cuando nos perseguian los turcos, que, segun parece, pronto desesperaron de alcanzarnos ó tuvieron miedo de aquellos á quienes afectaban amenazar.

«Al verse los árabes fuera de peligro, moderaron su carrera, y cuando sufrí menos, exteriormente, por aquella violencia, empezó á nacer la inquietud en mi ánimo. Poco des-

pues nos detuvimos en una hermosa pradera, cerca de un manantial que debajo de umbrosos árboles corria, donde fuimos sentadas en el césped, y nuestros raptores nos presentaron los refrigerios que ellos tomaban. Sentéme con mis doncellas algo apartada de los demás, y nadie pensó en consolarnos ni insultarnos. Entonces comencé á sentir todo el peso de mi desgracia. Las doncellas lloraban en silencio y de vez en cuando me miraban para que las socorriera. Yo ignoraba la suerte que se nos habia reservado, y no podia conjeturar el punto de nuestro cautiverio, ni abrigar alguna esperanza de libertad. Estábamos en poder de unos ladrones salvajes, y yo no hallaba ninguna razon para suponer que su piedad excediera á su justicia, y que se abstuviesen de satisfacer algun ardiente deseo ó algun capricho cruel. Con todo, consolé á mis doncellas y procuré tranquilizarlas, haciéndoles observar que aun se nos habia tratado con decoro, y que, puesto que los árabes se veian libres de toda persecucion, no habia peligro de que atentaran á nuestra vida.

«Cuando tuvimos que montar otra vez á caballo, mis doncellas prorumpieron en clamores y se negaron á partir; pero las mandé que no irritasen á los que nos tenian en su poder. Viajamos lo restante del dia por un país salvaje y sin caminos, y á la luz de la luna llegamos al pié de un cerro, donde se hallaba establecido el resto de la compañía. Las tiendas estaban fijadas y el fuego encendido. Nuestro jefe fué recibido como á un hombre muy amado de sus inferiores.

«Nosotras fuimos introducidas en una tienda espaciosa, donde hallamos mujeres que habian esperado la vuelta de sus maridos de la expedicion. Presentáronnos la cena que habian aderezado, y comí, no tanto para satisfacer mi apetito, como para dar ánimo á mis doncellas. Concluida la cena, se prepararon alfombras para descansar. Yo estaba rendida de fatiga, y en el sueño esperaba hallar aquel alivio de los pesares que rara vez nos niega la naturaleza. Disponiéndome pues á desnudarme, observé que aquellas mujeres me miraban atentamente, no esperando, segun creo, verme servida con tanto respeto. Cuando se me hubo quitado el sobretodo, parecieron maravillarse de la riqueza de mis vestidos, y una de ellas puso tímidamente la mano sobre el brocado. En seguida se marchó y casi al momento volvió con otra mujer que parecia ser de mas alto rango y ejercer mas autoridad, la cual hizo, al entrar, la reverencia de costumbre, y tomándome de la mano me condujo á una tienda mas pequeña, de alfombras mas finas adornada, donde pasé tranquilamente la noche con mis doncellas.

«Al dia siguiente por la mañana, mientras estaba sentada en el césped, vino á verme el capitan de la compañía. Levantéme para recibirle, y se inclinó con profundo respeto.

« — Ilustre dama, dijo, soy mas afortunado de lo que me habia atrevido á esperar: mis mujeres me han dicho que tengo una princesa en mi campamento.

« — Señor, contesté, tus mujeres se han y te han en-

gañado: no una princesa, sino una infeliz extranjera soy, que intenta salir pronto de este país, en el cual debo ya permanecer cautiva para siempre.

« — Quien quiera y de donde quiera que seas, replicó el árabe, tus vestidos y los de tus criadas revelan la superioridad de tu rango y la copia de tus riquezas. ¿Por qué te crees en peligro de cautiverio perpetuo, tú que tan fácilmente puedes alcanzar tu rescate? El objeto de mis excursiones es aumentar mis riquezas, ó mejor, reunir tributo. Los señores de Ismael son los señores naturales y hereditarios de esta parte del continente, usurpada por los últimos invasores y por malnacidos tiranos, de quienes nos vemos obligados á tomar con la punta de la espada lo que niegan á la justicia. La violencia de la guerra no admite distinciones, y la lanza dirigida contra el delincuente y el poderoso hiere algunas veces á la inocencia y la hermosura.

« — ¡Cuán léjos estaba de esperar, exclamé, que ayer me hiriese á mí!

« — Las desgracias se deberian esperar siempre, contestó el árabe. Si el ojo de la hostilidad pudiera ser reverente ó compasivo, una mujer de tan altas cualidades como tú se veria libre de todo ataque; pero los ángeles del dolor derraman sus penas sobre el virtuoso como sobre el malvado, sobre el poderoso como sobre el indigente. No te desconsueles: no soy de aquellos bandidos inhumanos y crueles del desierto, y sé los preceptos de la vida civil. Fijaré tu rescate, daré un pasaporte á tu mensajero y cumpliré mi convenio con exacta puntualidad.

« Ya podeis figuraros cuán encantada y alegre quedé de su amabilidad. Conociendo que su pasion predominante era la sed de oro, creí menor mi peligro, pues pensaba que nadie tendria por demasiado fuerte ninguna suma para libertar á Pekuah. Díjele que no hallaria motivos para tacharme de ingrata, si se me trataba con finura, y que cualquier cantidad que se me exigiera como á una jóven de clase comun, seria pagada; pero que no debia persistir en tasar mi rescate como el de una princesa. Contestóme que consideraria lo que debia hacer, y luego, sonriendo, se inclinó y retiró.

« Poco despues vinieron á rodearme las mujeres, compitiendo todas en solicitud para conmigo, y hasta mis doncellas eran servidas con respeto.

« Viajábamos á cortas jornadas.

« Al cuarto dia díjome el jefe que mi rescate estaba fijado en doscientas onzas de oro, y no solo se las prometí, sino que le ofrecí añadir otras cincuenta, si á mí y mis doncellas se nos trataba decorosamente.

« Hasta entonces no conocí el poder del dinero. Desde aquel dia tuve á los árabes á mi disposicion. Las jornadas eran largas ó cortas segun mi voluntad, y las tiendas se fijaban en los puntos que yo indicaba. Entonces ya teníamos camellos y otras comodidades para el viaje; mis doncellas no se apartaban de mi lado, y yo me complacia en ob-

servar las costumbres de los pueblos nómadas, y en contemplar los restos de los monumentos antiguos con que al parecer fueron en remotos dias profusamente embellecidas aquellas desiertas regiones.

« El jefe de la partida era un hombre algo instruido: viajaba guiado por las estrellas ó por la brújula, y en sus errantes expediciones habia observado los puntos mas dignos de la atencion del viajero. Díjome que los edificios se preservan siempre mejor en los lugares poco frecuentados y de difícil acceso; pero que cuando un país declina una vez de su primitivo esplendor, cuanto mas negligentes son los habitantes, con tanta mas presteza se llena de ruinas. Los muros suministran piedras con mas prontitud que las canteras, y se demuelen palacios y templos para construir establos de granito y cabañas de pórfido.

CAPÍTULO XXXIX.

Continuacion de las aventuras de Pekuah.

« Estuvimos viajando durante algunas semanas, ya como nuestro jefe ordenaba para complacerme, ya como yo disponia para conveniencia suya.

« Esforzábame para manifestar contento, pues el enojo y el resentimiento habrian sido estériles, y así mi alma gozaba de mas tranquilidad; pero mi corazon se acordaba siempre

de Nekayah, y las penas de la noche preponderaban sobre las distracciones del dia.

« Mis doncellas, que consagraban todo su cariño á su señora, depusieron inquietudes y temores desde que me vieron tratada con respeto, y se entregaban á los incidentales alivios de nuestra fatiga, sin cuidado ni pesar. Su alegría me alegraba y su confianza me infundia valor. Desde que supe que el árabe asolaba el país solamente para acumular riquezas, se habia desvanecido bastante mi natural terror.

« La avaricia es un vicio uniforme y tratable.

« Las demás perversidades intelectuales son diferentes en diferentes temples de alma. Lo que halaga el orgullo de uno, ofende el orgullo de otro; pero para obtener el favor del codicioso, hay siempre un camino abierto; désele dinero, y en todo consiente.

« Por último llegamos á la mansion de nuestro jefe, que era una fuerte y espaciosa casa de piedra, edificada en un islote del Nilo, y situada bajo el trópico, segun me contaron.

« — Señora, díjome el árabe, permanecerás en este punto durante algunas semanas, y entretanto puedes considerarte como una reina entre sus vasallos. Mi ocupacion es la guerra: por eso he elegido esta humilde residencia, de donde puedo salir inopinadamente, y á donde es fácil retirarme sin ser perseguido. Puedes, pues, quedar tranquila: aquí hay pocos placeres, pero no hay peligro alguno que temer.

« En seguida me condujo á las habitaciones interiores, y haciéndome sentar en el cogin mas precioso, retiróse despues de inclinarse profundamente. Sus mujeres, que me tenian por una rival, me miraban con malignidad; pero informadas luego de que era una gran señora detenida solo por mi rescate, empezaron á competir en obsequiosidad y respeto.

« Consolada de nuevo con repetidas promesas de una cercana libertad, calmé por algunos dias mi impaciencia observando aquellos lugares. Las torrecillas dominaban el país á gran distancia, y ofrecian una vista de muchas vueltas y revueltas del tortuoso rio. Durante el dia me paseaba de un punto á otro, mientras el curso del sol daba variedad al esplendor de las galas que desplegaba la naturaleza, presentándose ante mis sorprendidas miradas objetos hasta entonces para mí desconocidos. Los cocodrilos y los hipopótamos abundan en aquella despoblada region, y yo los contemplaba sobrecogida de terror, á pesar de que sabia que no podian hacerme daño alguno. Figurábame que tambien veria sirenas y tritones que, segun me dijo Imlac, los viajeros europeos creen que habitan en las ondas del Nilo; pero nunca aparecieron animales de tal especie, y cuando pregunté por ellos á los árabes, se rieron de mi credulidad.

« Por la noche el árabe me aguardaba siempre en una torre apartada para observaciones astronómicas, y en la que trataba de enseñarme los nombres y el movimiento de los astros. Mi aficion á este estudio no era muy grande; pero fue-

me necesario fingir alguna atencion para complacer á mi maestro, que se preciaba de inteligente; y al cabo de poco tiempo conocí que era indispensable alguna ocupacion para entretener el tédio del tiempo, que habia de pasar rodeada siempre de los mismos objetos. Cansábame de ver por la noche las cosas de que ya me habia cansado por la mañana, y esto por último me determinó á observar los astros preferentemente á no hacer nada; pero no siempre me era dado coordinar mis ideas, y muy á menudo estaba pensando en Nekayah, mientras los demás creian que contemplaba el cielo. A los pocos dias partió el árabe para otra expedicion, y entonces mi único placer se cifraba en departir con mis doncellas acerca del percance que nos puso en manos de los árabes, y de la dicha que gozaríamos al terminar nuestro cautiverio. »

—Si en la fortaleza del árabe habia mujeres, dijo la princesa, ¿por qué no trabaste amistad con ellas, ni disfrutaste de su conversacion, ni compartiste sus diversiones? ¿Por qué habias de dejarte consumir por la melancolía, en un lugar donde ellas hallaban ocupacion ó solaz? ¿Por qué por algunos meses no podias sufrir una condicion en que ellas estaban condenadas á vivir para siempre?

—« Las diversiones de aquellas mujeres, contestó Pekuah, solo eran juegos infantiles que no entretienen el entendimiento acostumbrado á menos frívolas operaciones. Yo podia hacer todo lo que hacian ellas, por medio de facultades puramente sensibles, mientras las intelectuales se fijaban en

el Cairo. Las veia correr de uno á otro cuarto, como pájaros que saltan de uno á otro alambre dentro de su jaula. Bailaban con objeto de estar en vivo movimiento, como cabras que brincan por la pradera. A veces la una pretendia haber recibido algun daño, á fin de que las demás se alarmasen, ó se ocultaba para que otra la buscase. Pasaban el tiempo contemplando el curso de los ligeros cuerpos que flotaban en el rio, y observando las variadas formas que en la esfera tomaban las nubes.

«Su única ocupacion era coser y bordar, en cuyas labores á veces las ayudábamos yo y mis doncellas; pero no sabeis que la atencion se aparta fácilmente de los dedos, ni sospechais que el sentimiento del cautiverio y de la ausencia de Nekayah no podia ceder al solaz que ofrecian las flores de seda.

«De su conversacion no debia prometerme mucha amenidad; ¿de qué podian hablar que ameno fuese? Nada habian visto; habian vivido desde su infancia en aquel reducido islote, y no tenian noticia de lo que no habian visto, ni sabian leer. Solo estaban al corriente de las pocas cosas que habia dentro de aquella perspectiva, y apenas tenian nombres para designar los objetos que no pertenecian á sus vestidos ó á su alimento. Viendo que me portaba como una mujer de alta clase, llamábanme á menudo para terminar sus desavenencias, que decidia tan equitativamente como se me alcanzaba. Si me hubiese sido fácil entretenerme oyendo las quejas de cada una contra todas, hubiera oido largas historias; pero eran tan exíguos los motivos de su enfado, que no podia prestar atencion sin interrumpir el cuento.»

—Es pues extraño, dijo Raselas, que el árabe á quien describes como á hombre de prendas no comunes, pueda refocilarse en un serrallo ocupado por semejantes mujeres. ¿Son admirablemente hermosas?

—« No carecen, contestó Pekuah, de esa belleza fria é innoble que puede subsistir sin viveza ó sublimidad, sin juicio sólido y sin virtudes dignas. Pero para un hombre como el árabe, semejante belleza no era mas que una flor arrancada por casualidad y arrojada con indiferencia. Cualesquiera que fuesen los placeres que en medio de ellas hallaba, no nacian de la amistad, ni de la sociedad. Cuando se divertian á su alrededor, mirábalas con apática superioridad, y cuando se afanaban por merecer su atencion, marchábase disgustado. Como eran ignorantes, su conversacion no quitaba ningun grado al tédio de la vida, y como no podian elegir su ternura, fingida ó verdadera, no le inspiraba orgullo ni gratitud; no hallaba halago alguno en las sonrisas de unas mujeres que no veian á otro hombre alguno, ni quedaba muy obligado por un cariño de que nunca podia saber la sinceridad. Además, érale fácil conocer con frecuencia que la demostracion de ese cariño servia, no tanto para complacerle, como para afligir á una rival. Lo que él daba y ellas recibian, por via de amor, consistia en una indolente distribucion del

tiempo sobrante, esto es, el amor que un hombre puede tener á un objeto que desdeña; el que no tiene esperanza ni temor, alegría ni pesar. »

—Razon tienes, señora, para creerte feliz, dijo Imlac, despues de haber salido tan pronto de aquel sitio. ¿Cómo era posible que un alma ávida de instruccion se consolase de perder, en medio de su hambre intelectual, tan rico banquete como la conversacion de Pekuah?

—« Paréceme, contestó esta, que el beduino permaneció indeciso durante algun tiempo, puesto que á pesar de su promesa, siempre que le proponia enviar un mensajero al Cairo, hallaba algun pretexto para retardar el cumplimiento de su palabra. Mientras estuve detenida en su casa, practicó varias excursiones á los países circunvecinos, y tal vez se habria negado á devolverme la libertad si sus rapiñas hubiesen llenado la medida de sus deseos. Visitábame siempre con amabilidad, contábame sus aventuras, admitia con gusto mis observaciones, y procuraba adelantarme en el conocimiento de la astronomía. Cuando le importunaba para enviar mis cartas, se deshacia en protestas de honor y de sinceridad, y cuando ya no podia dejar de rendirse á mis súplicas, partia de nuevo con sus beduinos, dejando á mi cargo el gobierno de la casa durante su ausencia. Esta estudiada tardanza me afligia sobremanera, y á veces me acosaba el temor de ser olvidada, pues á salir vosotros del Cairo, yo hubiera terminado mis dias en una isla del Nilo.

« Por último perdí toda esperanza y caí en un abatimiento penoso; de modo que me cuidé tan poco de darle conversacion, que por algun tiempo habló mas frecuentemente con mis doncellas. Tan fatal hubiera sido para nosotras que se hubiese enamorado de ellas, como de mí, y aquella creciente amistad no dejaba de incomodarme algun tanto. Pero mi ansiedad no duró mucho, pues cuando recobré parte de mi buen humor, el árabe volvió á ser para conmigo lo que siempre, y no pude menos de arrepentirme de mi anterior zozobra.

« Aun continuaba demorando el árabe la partida de un comisionado que percibiese mi rescate, y tal vez nunca se habria determinado á ello, si el vuestro no se hubiese dirigido á él. El bandido no pudo rehusar, cuando le fué ofrecido, el oro que no se apresuraba á recoger. Activó, pues, los preparativos de nuestro viaje á este punto, lo mismo que un hombre libertado de un conflicto intestino, y despedíme de mis compañeras de la casa, que en aquel acto se mostraron llenas de fria indiferencia. »

Oida la narracion de su favorita, Nekayah se levantó y estrechóla entre sus brazos. Raselas la dió cien onzas de oro, que ella entregó al árabe en vez de las cincuenta prometidas.

CAPÍTULO XL.

Historia de un sabio.

Nuestros prófugos del valle feliz estaban tan contentos de verse reunidos, que apenas se separaban por un momento. El príncipe comenzaba á tener aficion al saber, y un dia declaró á Imlac que intentaba dedicarse á las ciencias y pasar el resto de sus dias en la soledad literaria.

—Antes de hacer tu eleccion final, contestó Imlac, debes examinar sus azares y conversar con los hombres que han encanecido en la compañía de sí mismos. Acabo de dejar el observatorio de uno de los astrónomos mas hábiles del mundo, el cual ha invertido cuarenta años en el incansable exámen del movimiento y aparicion de los cuerpos celestes, y espaciado su alma en interminables cálculos. Recibe mensualmente á un corto número de amigos, y les entera de sus deducciones y descubrimientos. Yo le fuí presentado como persona inteligente y digna de su atencion. Los hombres de conocimientos varios y de facundia son generalmente bien recibidos por aquellos cuyas ideas se han fijado largo tiempo en un solo punto, y que descubren las imágenes de otros objetos ocultos. Agradábanle mis observaciones, oia con gusto la relacion de mis viajes, y olvidaba con gozo las constelaciones para descender por un momento á la baja tierra.

La segunda vez que le visité, tuve la dicha de volver á complacerle; desde entonces templó la severidad de su sistemática conducta, y me concedió la entrada en su observatorio cuando cumpliese á mis deseos. Siempre le hallaba ocupado, y siempre gozoso de que yo le distrajera. Cuando el uno sabia mucho lo que el otro deseaba aprender, cambiábamos nuestras noticias con mútua satisfaccion. A mí no se me ocultaba que cada vez mas iba captándome su confianza, y contínuamente descubria nuevos motivos para admirar su profundo entendimiento. Su inteligencia es vasta, su memoria capaz y retentiva, su razonamiento metódico, y su expresion clara.

Su integridad y benevolencia son tan grandes como su saber. Interrumpe con gusto sus mas profundas investigaciones y estudios favoritos para hacer buenas obras con sus consejos ó sus riquezas. Todos los que necesitan su auxilio son admitidos en su retiro mas oculto, aun cuando esté ocupadísimo: «Aunque soy enemigo de la ociosidad y de los placeres, dice, nunca cerraré mi corazon á la caridad. El hombre á quien se permite examinar el firmamento, tambien tiene el deber de practicar la virtud.»

—Ese hombre seguramente es feliz, observó la princesa.

—Yo continuaba visitándole con mas frecuencia, prosiguió Imlac, y cada dia quedaba mas satisfecho de su conversacion: era sublime sin orgullo, cortés sin formalidad, y comunicativo sin jactancia. Al principio, gran princesa, fuí

de tu opinion: creíle el mas dichoso de los mortales, y á menudo le felicité por la ventura de que gozaba. Parecia oirlo todo con indeferencia, menos los elogios dirigidos á su condicion, á los cuales daba siempre una contestacion general, haciendo recaer la conversacion sobre algun otro punto.

En esta buena predisposicion á ser complacido y esforzarse en complacer, hallé luego razon para imaginar que algun pesar agobiaba su alma. Muchas veces alzaba ansiosamente el astrónomo sus miradas al sol, é interrumpia sus palabras. Cuando nos hallábamos los dos solos, de vez en cuando me miraba silenciosamente y con el aire de un hombre que anhelaba decir lo que aun estaba resuelto á callar. A menudo me enviaba á llamar con urgencia, aunque no tuviese nada extraordinario que decirme; y á veces, al separarme de su lado, me llamaba de nuevo, reflexionaba algunos momentos, y luego me dejaba salir.

CAPÍTULO XLI.

El astrónomo revela la causa de su inquietud.

Por último vino un dia, continuó Imlac, en que se rompió el sello del secreto. Anoche nos hallábamos ambos sentados en el observatorio de su casa, examinando la emersion de un satélite de Júpiter, cuando el cielo se anubló de repente á impulsos de una tempestad que frustró nuestros designios.

Quedamos por un momento silenciosos en medio de las tinieblas, y luego me dirigió el sabio estas palabras:

—«Imlac, há mucho tiempo que considero tu amistad como el mayor bien de mi vida. La integridad sin instruccion es débil é inútil, y la instruccion sin integridad es peligrosa y temible. En tí he hallado todas las cualidades indispensables para merecer la confianza y la benevolencia, y para ser varon fuerte y experimentado. Há tiempo que desempeño un cargo que pronto abandonaré de órden de la naturaleza, y en los dias de impotencia y de pena tendré el gusto de resignarlo en tus manos.»

Tuve á mucha honra semejante testimonio de amistad y afecto, y protesté que todo lo que pudiese conducir á su felicidad coadyuvaria tambien á la mia.

—«Oye, Imlac, prosiguió el astrónomo, lo que difícilmente vas á creer. La regulacion del tiempo y la division de las estaciones han corrido á mi cargo por espacio de cinco años. El sol ha escuchado mis preceptos y pasado de trópico á trópico bajo mi direccion. A mi voz las preñadas nubes han descargado sus aguas, y el Nilo ha salido de madre; he templado el ardor de la canícula y amortiguado el fuego del cáncer. Solamente los vientos, entre todas las potencias elementales del mundo, se han resistido hasta hoy á mi autoridad, y muchísimas personas han perecido en las tempestades equinocciales, que yo era incapaz de prohibir ó detener. He ejercido este importante empleo con exacta justicia, y repartido

imparcialmente entre las diferentes naciones de ambos hemisferios las aguas pluviales y las claras y ardientes miradas del rey de los astros. ¿Cuál habria sido la desventura de la mitad del globo, si yo hubiese circunscrito las nubes á regiones particulares, ó desterrado el sol á uno de los dos lados del ecuador?»

CAPÍTULO XLII.

Explánase y justifícase la opinion del astrónomo.

Supongo que á pesar de la oscuridad de la habitacion, el astrónomo notó en mí algunas señales de asombro y de duda, porque despues de una breve pausa prosiguió de esta manera:

—«El no ser fácilmente creido no me sorprenderá ni ofenderá nunca, pues segun toda probabilidad, soy el primero de los hombres á quien se ha conferido tal empleo. Ni siquiera sé si distincion semejante es una gracia ó un castigo, pues mientras la he obtenido, mi felicidad ha sido mucho menor que antes, y solo el sentimiento de la buena intencion me hubiera permitido soportar la pesadez de una vigilancia contínua.»

—«¿Cuánto tiempo hace, le pregunté, que ejerceis tal empleo?»

—«Hace unos diez años, me contestó, que mis diarias

observaciones de los cambios de la esfera me inducian á considerar que si yo hubiese tenido el mando de las estaciones, habria podido derramar mayor abundancia sobre los habitantes de la tierra. Esta consideracion se apoderaba de mi mente, y permanecia dia y noche en un imperio imaginario, haciendo caer sobre este y aquel país lluvias benéficas, y secundándolas con una conveniente claridad de sol. No tenia mas que la voluntad de hacer bien, y no creia que tuviese la facultad de ejercerlo siempre.

«Cierto dia, mientras contemplaba los campos quemados por el calor, sentíme dominado repentinamente por el deseo de hacer llover sobre las montañas del Mediodía, y de hacer salir de madre el Nilo. Arrebatado por mi imaginacion, mandé que lloviese, y calculando el tiempo trascurrido desde que dí la órden hasta el de la inundacion, deduje que las nubes habian oido mis palabras.»

—«¿No podia otra causa producir esa coincidencia? le dije; el Nilo no se desborda siempre en el mismo dia.»

—«No creas, me contestó impaciente, que se me ocultasen tales objeciones: razoné largo tiempo contra mi propia conviccion, luché obstinadamente con la verdad. A veces me tuve por loco, y no me habria atrevido á confiar este secreto sino á un hombre como tú, capaz de distinguir lo maravilloso de lo imposible, y lo increible de lo falso.»

—«Pero ¿por qué, señor, le dije, llamais increible lo que sabeis ó creeis saber que es verdad?»